

PASIÓN Y MUERTE DE
JESÚS
SEGÚN SEVILLA - 2023



Santo Entierro Grande

Sábado Santo, 8 de abril de 2023

Pasión y Muerte de Jesús, según Sevilla

Procesión del
Santo Entierro Grande

Sábado Santo, 8 de abril de 2023

Edita: Delegación de Medios de Comunicación de la Archidiócesis de Sevilla

Colaboran: Delegación Diocesana de Hermandades y Cofradías, Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad de Sevilla, Hermandad del Santo Entierro, COPE Sevilla y Fundación Cajasol.

© **Del texto:** Isidro González (reseñas) y Javier Rubio (meditaciones)

© **De las fotografías:** Miguel Ángel Osuna

Depósito Legal: SE 636-2023

Imprime: Gráficas Moreno, S.L.

Sevilla, 2023

Pasión y Muerte de Jesús, según Sevilla



Con motivo del 775 aniversario de la reconquista de Sevilla por el rey Fernando III, y la consiguiente recuperación del culto cristiano en la ciudad, la Hermandad del Santo Entierro nos solicitó la realización de una procesión extraordinaria, denominada Santo Entierro Grande.

En este desfile procesional, en el que participan otras 15 hermandades de la Semana Santa sevillana, se escenifican algunos de los momentos más importantes de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor. Se desarrolla el Sábado Santo, con un cortejo que recorre la carrera oficial y culmina con la estación de penitencia en la Catedral.

Con este motivo, y para ayudar a los fieles a profundizar en este hecho religioso, hemos acordado con la Cadena COPE, el Consejo General de Hermandades y Cofradías y la propia Hermandad del Santo Entierro, con la colaboración de la Fundación Cajasol, la realización de una guía sonora que ofrece información histórico-artística de cada una de las corporaciones que participan en el cortejo. Aporta una lectura a varias voces de las escenas de la Pasión y Muerte de Jesucristo, y una reflexión profunda sobre el significado de cada uno de esos momentos que se contemplan en los pasos.

Naturalmente, aunque este podcast se ha preparado como compañía sonora para la contemplación del Santo Entierro Grande por las calles, su escucha está especialmente recomendada en cualquier momento, especialmente durante la Cuaresma y Semana Santa.

+ José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo de Sevilla



Triunfo de la Santa Cruz

Hermanidad del Santo Entierro
Iglesia de San Gregorio

La Hermandad del Santo Entierro tiene un origen legendario que se remonta a la época de San Fernando. Está relacionada, a lo largo de los siglos, con el barrio de los Humeros, con la casa de Hernando Colón, hijo del descubridor Cristóbal Colón, y con el convento de san Laureano. Establecida desde el siglo XIX en la capilla de San Gregorio, realiza su estación de penitencia el Sábado Santo. Y en ocasiones extraordinarias como este año, por la conmemoración del 775 aniversario del restablecimiento del culto cristiano en Sevilla, invita a pasos de distintas cofradías de penitencia a acompañarla para representar de una forma más completa y visual la Pasión del Señor. La procesión culmina con el paso de la urna con el Señor Yacente y concluye con el de la Virgen de Villaviciosa recibiendo el duelo de sus familiares y amigos.

Abre esta procesión general el primer paso de esta hermandad, de carácter alegórico y popularmente conocido en Sevilla como “la Canina”. Su título es el Triunfo de la Santa Cruz sobre el pecado y la muerte. Esto se representa por una cruz arbórea sobre la que aparece un esqueleto pensativo con una guadaña en la mano sentado sobre la bola del mundo (que representa la muerte). Y a su izquierda un dragón con una manzana en la boca (representando al pecado). De la cruz penden un sudario blanco y otro negro, con la leyenda “*Mors mortem superávit*” (La muerte [de Cristo] venció a la muerte), claro anuncio de la Resurrección. El esqueleto es obra Antonio Cardoso de Quirós en el siglo XVII, y procesiona sobre un paso neogótico del siglo XIX que se adorna únicamente con hojas de yedra.



Del Evangelio según san Juan

En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: «Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios».

Jn 3, 13-18

“*Mors mortem superavit*”. La muerte ha vencido a la muerte. Tal es el lema de esta alegoría del triunfo de la cruz. La Canina, que tantas chanzas provoca en quienes la ven. Va meditando sobre el angustioso paso del tiempo que todo lo descarna, provista de guadaña con la que segar la vida de los hombres. Lo proclama el salmo 91: “Como hierba que se renueva; que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca”.

La serpiente que sedujo a Eva en el paraíso con el fruto prohibido es aquí más bien monstruo alado. Una especie de tarasca que antiguamente precedía la procesión del Corpus. Su cuerpo se enrosca en la bola del mundo porque el mal a todos alcanza. Frente a esta realidad del pecado, de la distancia que rompe la intimidad con Dios, se alza la cruz triunfante. Con dos sudarios, blanco y negro y la leyenda que recuerda que hay un hombre, Dios hecho carne, que la ha vencido. Él ha saltado ese último muro contra el que se choca la humanidad.

Cristo ha vencido a la muerte con su resurrección. Ese es el pilar de la fe cristiana. No hay otro más sólido que este: que tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Dios podría habernos salvado de ese obstáculo insalvable como es la muerte sin la cruz en la que clavarón a su único Hijo. Es omnipotente y lo podría haber hecho, pero entonces todo sería distinto y algún día nos avergonzaríamos de haber sido salvados de esa manera tan pasiva, sin contribuir en nada a nuestra propia felicidad.

Por eso el camino de la gloria pasa por la cruz. Porque de esa manera nos asociamos al sufrimiento de Cristo. Y entendemos que la pasión no es un compendio de bellas palabras de un hombre inocente sino la descripción -suavizada, embellecida, no hay más que ver los pasos de Semana Santa- de un terrible tormento por la salvación del mundo. Para tu salvación.

El lema de los cartujos es “*Stat crux dum volvitur orbis*”. Puede aplicarse a este paso alegórico porque la cruz está fija mientras el mundo gira. No hay más ancla en el naufragio individual y colectivo de cada hombre que ese instrumento de castigo donde pereció el Hijo de Dios.

La cruz, inamovible, representa el “no” a la violencia, a la injusticia, al odio, a la mentira, a todo lo que llamamos el mal. Y, a la vez, es un “sí” a la verdad, a la belleza, a la bondad, en definitiva al Amor que es Dios.

La cruz no está contra el mundo para recordarnos angustiosamente nuestra condición de mortales, limitados, frágiles, pecadores. Sino para darle un sentido, para trascender todo el sufrimiento que causamos los hombres ayer, hoy y mañana. La cruz, su triunfo, está incompleta sin la tumba vacía. El triunfo de Cristo glorioso y resucitado empieza en la cruz pero se completa en el sepulcro vacío. Sin esto, vana es nuestra fe y somos los hombres más desgraciados de la tierra. Pero con la cruz, toda aparente derrota es victoria. La que Cristo te regala: el triunfo de la cruz.



Sagrada Oración en el Huerto de Nuestro Señor Jesucristo

**Hermandad de Monte-Sión
Capilla de Nuestra Señora del Rosario**

El paso de la Oración en el Huerto pertenece a la Hermandad de Monte Sión, que procesiona el Jueves Santo desde su capilla de la calle Feria. Es una corporación fundada en siglo XVI y vinculada al convento dominico de este título que estaba allí situado. La espléndida imagen del Señor es una obra de estética barroca del último tercio del siglo XVII, próxima al círculo de Pedro Roldán. A este escultor se le atribuye el ángel confortador, aunque las alas las realizó Ortega Bru. Los apóstoles durmientes bajo el gran olivo que figuran en la trasera: San Pedro, San Juan y Santiago son obras de Castillo Lastrucci de mediados del siglo XX. Procesa el misterio sobre un paso de madera tallada y dorada iluminado con seis airoso candelabros de guardabrisas, realizado por Herrera y Feria. Lleva ángeles y relieves con escenas de la Pasión de Francisco Buiza, y en las esquinas los cuatro evangelistas, obras de Ricardo Rivera.



Del Evangelio según san Lucas

Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos.

Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación».

Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre.

Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo: «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación».

Lc 22, 39-46

En la hora de Getsemaní comienza la agonía. Jesús, como hombre que es, elige ponerse en el trance de aceptar la voluntad de Dios aunque eso le conduzca a la muerte. La pasión arranca con Jesús orando, atormentado por un final que intuye cerca. Cómo no reconocerse en ese Cristo sufriente, hincado de rodillas en medio del paso dorado. Agotado en esa lucha que es la lucha de todos los hombres desde que el mundo es mundo: el combate contra el mal.

El peso de los pecados del mundo aplasta a Jesús porque ha decidido cargar con ellos. Él, que no tiene pecado, se los echa encima y el peso resulta agobiante: el hombre -y Él lo es- precisa de Dios para verse redimido de semejante carga que lo oprime, lo aplasta contra el polvo, lo inmoviliza.

El Cristo de Montesión está hundido en el monte de flores, como si la tierra de la que nació el primer hombre quisiera tragarlo, como si la gravedad del momento lo atrajera hacia el centro de la Tierra con una fuerza que sólo Dios puede superar. Si el paso pudiera representar una mínima parte de ese lastre pecaminoso, harían falta todas las cuadrillas de costaleros de Sevilla para moverlo siquiera un centímetro.

Ora al Padre buscando redención para el género humano. En silencio, en mitad de la noche. Ha prevenido a sus discípulos para que le acompañen en vela en esa madrugada trascendental, pero el cansancio los agota. Ahí van, dormidos como marmolillos, estirados a todo lo largo en la trasera del paso: Pedro, Juan y Santiago. La distancia es abismal, aunque las dimensiones del paso no las recreen. Nunca están más alejados los apóstoles dormidos de Cristo orante que en Getsemaní: los separa el mismo abismo que existe entre la salvación y el pecado, entre la naturaleza caída del hombre y el designio salvador de Dios.

Cristo se agita, pugna contra ese final que intuye y al que, como hombre, se resiste. No hay momento más fieramente humano que la oración en el huerto de Getsemaní, esa insistencia en que pase el sufrimiento y la angustia de los malos momentos contenidos en el cáliz que ha de beber hasta apurar las heces. Como en el salmo, este Cristo de Getsemaní puede decirle al Padre: me diste a comer llanto, a beber lágrimas a tragos. Cristo llora. Y suda sangre. Mira su frente, perlada de sangre. De las fosas nasales

le chorrean dos hilillos: hematohidrosis le llaman los médicos en situaciones de estrés extremo.

El Cristo de Montesión lo está, aunque en el paso lo veamos con el asombro dibujado en el rostro por la presencia del ángel que viene a confortarlo. Un consuelo momentáneo como la brisa en las horas de fuego, como el gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos. Eso es la Oración en el Huerto, un duelo por anticipado al que somos invitados a mirar para obtener nosotros mismos fuerza en el combate diario de la vida.



Nuestro Padre Jesús de la Redención en el Beso de Judas

**Hermanidad de la Redención
Iglesia de Santiago**

La Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Redención y María Santísima del Rocío fue fundada en el año 1955. Realizó su primera estación de penitencia a la Catedral el Lunes Santo de 1959. En la escena del Beso de Judas aparece en primer plano el Señor de la Redención que recibe el beso del apóstol traidor, obras ambas del imaginero Castillo Lastrucci de mediados del siglo XX. En la parte trasera aparecen en el huerto de los Olivos los apóstoles Juan, Pedro, Santiago, Tomás y Andrés, también de Castillo Lastrucci. El paso fue diseñado por Antonio Dubé de Luque y está tallado en madera de caoba y naranjo por los hermanos Caballero, con apliques de metal dorado del orfebre Manuel de los Ríos.



Del Evangelio según san Mateo

Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: «Al que yo bese, ese es: prendedlo».

Después se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro!».

Y lo besó. Pero Jesús le contestó: «Amigo, ¿a qué vienes?».

Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron.

Mt 26, 47-50

“Amigo, ¿a qué vienes?” La pregunta de Jesús a Judas, el traidor, flota en el aire de este paso de misterio de la Hermandad de la Redención. Porque queda sin respuesta en el Evangelio de Mateo que hemos escuchado. En seguida, en la acción inmediatamente posterior a la que describe este misterio, la turba se echa encima, aferra al Señor por la túnica, se crisan las manos, se desata un conato de pelea...

Pero estamos todavía en el beso traicionero de Judas: míralo, cómo de feo lo talló Castillo Lastrucci, cómo acentuó los rasgos de un carácter que no sabemos ni debemos reconstruir. ¿Fue un codicioso y el brillo de las treinta monedas de plata lo cegó?, ¿fue un intransigente y se fue apartando de la predicación de Jesús conforme el Señor traspasaba líneas rojas?, ¿le escandalizó tanto la unción de Betania como para cortar radicalmente con el Maestro?

Seguimos colgados de esa pregunta sin respuesta mientras contemplamos la escena del beso: Jesús, dulcemente atribulado, el semblante contenido pero sin mueca alguna de sufrimiento. Acaso, un rictus de preocupación. Y los apóstoles, detrás, unos (Juan, Pedro, Santiago, los más próximos) abiertamente en socorro del Señor; otros, (Tomás y Andrés), medio emboscados bajo el olivo, quién sabe si temerosos de exponerse ellos mismos a un arresto también.

Pero el beso traicionero de Judas no es ningún destino forzoso, ni una fatalidad imposible de cambiar: la traición no tiene forzosamente que aparecer junto a la Bondad como si fuera un complemento, una dicotomía obligada. Es el corazón de piedra de Judas que se aparta del Señor el que lo empuja a colaborar con sus adversarios. Por treinta monedas o por un minuto de gloria o por el ego vanidoso de quien se presenta a sí mismo como cooperador necesario de la redención.

¿A qué vienes tú? Qué te mueve, cuál es tu impulso vital. ¿También has traicionado la confianza de Alguien que te ha amado desde el seno de tu madre?, ¿también quieres entregarlo al mundo para que obre y predique y haga lo que el mundo desea y espera? Amigo, ¿a qué vienes? y el paso se aleja de nosotros sin que hayamos podido esbozar una respuesta.



Nuestro Padre Jesús en su Soberano Poder ante Caifás

Hermanidad de San Gonzalo
Parroquia de San Gonzalo

De Triana llega la Hermandad de San Gonzalo, que se fundó en la parroquia de este nombre en la década de los 40 del siglo XX. Realizó su primera estación a la Catedral el Lunes Santo de 1948, hace ahora 75 años. La imagen del Señor del Soberano Poder y del sumo sacerdote Caifás son obras de Luis Ortega Bru, en 1975-76. Las demás imágenes del misterio: el esclavo etíope arrodillado, un soldado romano que custodia al Señor y los sanedritas José de Arimatea y Anás, que figuran sentados, fueron talladas por Castillo Lastrucci. Todas las imágenes lucen vistosos ropajes de ricas telas estrenados recientemente. El amplio paso es de estilo neobarroco realizado por Manuel Guzmán Bejarano. Destaca el gran número de luces que lo iluminan, alcanzando un total de 78 codales. En los laterales lucen cuatro arcángeles y en las bases de los candelabros unos pequeños ángeles, obras de Navarro Arteaga. En la trasera del paso destaca el trono dorado de Caifás, obra de Guzmán Bejarano. En los respiraderos figuran paños con bordados en oro por Fernández y Enríquez entre la madera tallada y dorada.



Del Evangelio según san Mateo

Los que prendieron a Jesús lo condujeron a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro lo seguía de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote y, entrando dentro, se sentó con los criados para ver cómo terminaba aquello.

Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar de los muchos falsos testigos que comparecían. Finalmente, comparecieron dos que declararon: «Este ha dicho: “Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días”».

El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo: «¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que presentan contra ti?».

Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo: «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».

Jesús le respondió: «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las nubes del cielo».

Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?».

Y ellos contestaron: «Es reo de muerte».

Mt 26, 57-66

Caifás, el sumo sacerdote, la máxima autoridad religiosa de Israel, es hábil. Y poderoso. Y maniobrero. O quizá es poderoso porque maniobra con habilidad. La calculadora de Caifás se pone en marcha con una farsa de juicio a modo de vista preliminar en la que basar la acusación ante el gobernador romano, más adelante.

Caifás ha calculado los miembros del sanedrín que tiene a favor de su tesis de que es necesario que el Nazareno muera para que no perezca todo el pueblo. Es el tipo de razonamiento que los hombres poderosos se hacen cuando se ven acorralados. Y Caifás, con sus barbas retorcidas como lo talló Ortega Bru, lo está.

Amaña los testigos pero sus testimonios no resultan concluyentes. Hasta que se saca un as de la manga: la declaración gira en torno a la resurrección, al meollo de la fe que escandalizaba a los saduceos, la casta sacerdotal hebrea. Y entonces, sí. A Caifás no le queda más remedio que salir a escena y conjurar el nombre de Dios para que Jesús tenga que responder.

Cristo, que ha permanecido callado todo el tiempo, rompe su silencio. No es un silencio de resignación, ni de aceptación, ni siquiera de otorgamiento como dice el refrán. Es el gran silencio de Cristo, como oveja conducida al matadero sin balar. Las calumnias, los ultrajes, las burlas, las mentiras, las acusaciones falsas quedan sin respuesta.

Caifás se arranca con el pie izquierdo: busca que Jesús se proclame Mesías para así acusarlo ante el poder ocupante. La respuesta de Cristo es de otro orden: no en los términos políticos que buscaba el sumo sacerdote. Jesús replica cuando nadie puede confundirlo ya con un líder temporal, sino con toda la majestad de la divinidad: “Veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las nubes del cielo”. El Poder es una forma de citar a Dios sin pronunciar su nombre sagrado y las nubes, símbolo de su majestad.

Quién podría decir que este hombre que se nos presenta ensogado y vigilado por un airoso romano y con la mirada baja pueda ser Señor del Soberano Poder. El Mesías religioso de un reino que no es de este mundo ante el que se estrellan los que presumen de tener autoridad. Qué pequeño se nos hace a los ojos de la declaración mesiánica ante el sanedrín la figura

de Caifás. Qué largos y retorcidos sus dedos como sus razonamientos para seguir en el poder limitado que confieren los hombres cuando está ante el Soberano Poder del Mesías.



Nuestro Padre Jesús atado a la Columna

**Hermandad de las Cigarreras
Capilla de la Fábrica de Tabacos**

Desde el barrio de Los Remedios llega la Hermandad de la Columna y Azotes. Esta corporación fue fundada en la iglesia de San Benito de Calatrava en torno a una escultura de Cristo atado a la Columna. Sus primeras reglas fueron aprobadas en 1569. Desde 1730 está vinculada a la Fábrica de Tabacos a través de sus distintas sedes en la ciudad, conociéndosele por ello popularmente como “Las Cigarreras”. Procesiona en la tarde del Jueves Santo, además, con el señorial paso de la Santísima Virgen de la Victoria. La imagen de Nuestro Padre Jesús atado a la Columna es obra de Francisco Buiza en 1974. El grupo escultórico del misterio, sayones y romanos, es de José Antonio Navarro Arteaga de finales del siglo XX. El paso neobarroco y dorado fue realizado por Antonio Martín Fernández. Lleva ángeles de Álvarez Duarte y cartelas de Navarro Arteaga. En los faldones, escudos bordados en oro por Fernández y Enríquez.



Del Evangelio según san Mateo

Entonces (Pilato) les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Mt 27,26

Para que se cumplieran las Escrituras, Jesús fue azotado.

Cruelmente, según el dictado de la época. Dos soldados de la guardia pretoriana y tres sayones cierran un círculo en torno al Señor. Contemplar el paso de las Cigarreras es contemplar la reconstrucción de la brutalidad en su estado más puro. Este bárbaro castigo podía llevar fácilmente al reo a la muerte. Era un correctivo despiadado que les dejaba desollada la espalda, lacerada completamente la carne, a punto de morir desangrados.

Pilato condena a Cristo a ser azotado. Piensa que con ese escarmiento, los sacerdotes y el pueblo se darán por satisfechos y dejarán de alborotar. El condenado quedaba desnudo aunque aquí lo veamos con un paño de pureza. Daba la espalda a los verdugos, que actuaban siempre en número par. Lo había predicho el siervo sufriente de Isaías: “Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos”.

Y también, más descriptivo, el salmo 129: “En mis espaldas metieron el arado y alargaron los surcos”. En efecto, tal era el desgarrar de la carne. Los verdugos colocaban en el extremo de los flagelos huesecillos y bolitas con intención de multiplicar el dolor en la víctima. Es el Verbo hecho carne, pero carne lacerada, desgarrada, mutilada, destrozada, descarnada. Sin aspecto atrayente, como había profetizado el profeta: “Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron”.

La flagelación -hasta que los verdugos se cansaran de azotar, no había límite-, por la brutalidad que entrañaba, quedaba reservada para esclavos y pueblos sometidos; los ciudadanos romanos estaban exentos de tan cruel castigo que llevaba aparejada la humillación pública.

Se ejecutaba la sentencia en público. Jesús es azotado a la vista de todos, que murmuran, se burlan, lo insultan, hacen risas cada vez que el flagelo restalla sobre su piel, están a lo suyo mientras él padece. ¡Cuántas veces se habrá repetido esta escena a lo largo de dos mil años de historia! ¡Esa turba

informe ridiculizando a la pobre víctima sobre cuya espalda descargan los flagelos por orden del poderoso con increíble crueldad!

En el Evangelio, este suplicio anticipa el de la cruz. En un primer momento, Pilato quiere resolver con ese suplicio el dilema ante el que lo han puesto los sacerdotes del sanedrín. Pero cuando advierte que está en juego su carrera política, que el caso de un tal Jesús puede llegar a sus superiores, entonces lo entrega a la muerte con total desprecio de la justicia y de la verdad que tan ladinamente dice buscar.

En el rostro de los sayones es posible apreciar la saña con que golpean al inocente, como hacen siempre los que eligen ser verdugos antes que víctimas.



Santísimo Cristo de la Coronación de Espinas

Hermandad del Valle
Iglesia de la Anunciación

Esta hermandad, que procesiona con tres pasos en la noche del Jueves Santo, es fruto de la fusión en 1590 de las hermandades de la Santa Faz y Nuestra Señora del Valle y la de la Coronación de Cristo. La imagen del Santísimo Cristo de la Coronación de Espinas es una obra barroca realizada en el último tercio del siglo XVII por Agustín de Perea, mientras que las imágenes del misterio fueron talladas por Joaquín Bilbao a principios del siglo XX. El paso es de madera dorada, en estilo neobarroco, con espejos embutidos, de ahí el apelativo popular de “los espejitos”. Fue realizado por Antonio Pardal en los inicios del siglo XX. Lleva elegantes faroles de plata dorada de Seco Velasco y cartelas también de plata de Orfebrería Triana. Los respiraderos son bordados en oro sobre el tejido de los faldones. El conjunto de estas andas y de toda la cofradía es de una gran elegancia y sabor antiguo.



Del Evangelio según san Mateo

Entonces los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!».

Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza.

Mt 27, 27-30

La soldadesca se entretiene a costa de Jesús, un guiñapo de hombre, ensangrentado, amoratado, con la espalda tumefacta en carne viva... Un despojo humano con el que los soldados juegan de una manera humillante. Le encasquetan una corona de espinas trenzadas en forma de casco que oprime la cabeza y hace sangrar. Se la ajustan a la cabeza con cañas para no pincharse ellos, como está haciendo el romano en la trasera del paso. Los de delante asisten a la escena groseramente divertidos.

Salve, Rey de los judíos, le increpan. Es una farsa. Acaso, la más real de las múltiples farsas legales en que se ha convertido el proceso al Nazareno.

Aquí los soldados no hacen más que jugar con el condenado por pura maldad grupal. Ese sentimiento que lleva a ridiculizar y a mofarse del desvalido amparándose en el anonimato que brinda el grupo. Dice el evangelista que estaba presente toda la compañía: ¡ay del que osara quedarse al margen!, ¡pobre de él quien sintiera lástima o conmiseración por ese desecho de hombre con el que pueden hacer lo que quieran porque nadie se lo va a reprochar!

Han oído que la condena es por declararse rey de los judíos y eso mismo les da pie para montar la burla. Corona, cetro y manto son los atributos de los reyes; espinas, caña y clámide púrpura para la representación del mundo. Pasen y vean, aquí uno que se dice rey pero sus atributos lo desmienten. Pasen y vean, escúpanle o abofetéenlo, qué más da, lo tienen a su merced, pide compasión y no se la conceden. Si fuera un rey de verdad...

Las legiones romanas solían distraerse con este juego con algún desgraciado al que debían ejecutar: lo nombraban rey por unas horas para hacerle objeto de las burlas que ni por asomo osarían dirigir al César.

Se arrodillan ante él como ante un rey... desvalido, desprotegido, desamparado, destronado. Un rey que no reina. Y, sin embargo, aquí está la realeza del Hijo exaltada por encima de la humillación, sobrepuesta a la infamia que supone el abuso de poder de la tropa que tiene el monopolio de la fuerza bruta.

El Padre presenta a Jesucristo Rey del Universo en esta aparente contradicción, porque su amor reina en mitad del odio. Porque su verdad reina

en medio de esta farsa burlesca, porque su misericordia reina a pesar de la dureza con que lo tratan. Porque su reino no es de este mundo.

Cuando Pilato lo presenta a la muchedumbre, con la corona de espinas y el manto púrpura, verdadero *ecce homo*, está presentando al hombre perfecto. Es el hombre-Dios que ha tocado el fondo de la degradación de su condición humana y al que sólo le queda un escalón para bajar a los sótanos de la infravida, la antesala de la muerte.



Nuestro Padre Jesús de la Sentencia

**Hermanidad de la Macarena
Basílica de la Esperanza Macarena**

La Hermandad de la Macarena fue fundada en 1595, año en que se aprobaron sus primeras reglas. Residió en el convento de San Basilio, luego en la parroquia de San Gil y desde mediados del siglo XX en su Basílica propia frente al Arco de la Macarena. Ha alcanzado una gran fama y auge en el siglo XX por la devoción universal hacia la Santísima Virgen de la Esperanza Macarena, especialmente en la procesión de la madrugada del Viernes Santo. En el cortejo destaca la vistosidad de las túnicas de capa de los nazarenos, diseño de Juan Manuel Rodríguez Ojeda. La imagen del Señor de la Sentencia se atribuye a Cristóbal Pérez en el siglo XVII. Las figuras del misterio son de Castillo Lastrucci. El paso dorado de estilo neobarroco fue realizado en el taller de Juan Pérez Calvo. La talla corresponde a Rafael Fernández Toro, los relieves con escenas de la vida del Señor y los ángeles son obra de Ortega Bru. Se completa con cuatro relicarios de plata en las esquinas realizados por el orfebre Fernando Marmolejo. Aunque en esta ocasión no participan, en la procesión de la madrugada del Viernes Santo figura escoltado por la centuria romana, los populares “armaos”, uno de los pocos vestigios de los antiguos cortejos procesionales barrocos.



Del Evangelio según san Juan

Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo: «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?».

Le contestaron: «Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos».

Pilato les dijo: «Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley».

Los judíos le dijeron: «No estamos autorizados para dar muerte a nadie».

Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir.

Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el rey de los judíos?».

Jesús le contestó: «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?».

Pilato replicó: «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?».

Jesús le contestó: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí».

Pilato le dijo: «Entonces, ¿tú eres rey?».

Jesús le contestó: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

Pilato le dijo: «Y ¿qué es la verdad?».

«Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?».

Volvieron a gritar: «A ese no, a Barrabás».

El tal Barrabás era un bandido.

...

Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban: «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César».

Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos:

«He aquí a vuestro rey».

Ellos gritaron: «¡Fuera, fuera; crucifícalo!».

Pilato les dijo: «¿A vuestro rey voy a crucificar?».

Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Jn 18, 29 - 40; 19, 12 - 16

Va Pilato en su trono, ufano y poderoso. Van su mujer y una criada. Claudia Prócula, la esposa del gobernador de aquella provincia infame, había tenido un sueño profético. Aconseja a su marido que no ordenara dar muerte a aquel profeta itinerante que andaba curando y haciendo el bien. Van el esclavo que retira la palangana en la que acaba de lavarse las manos y dos sayones, uno leyendo la sentencia, que sabe latín.

Van los armaos, tal como los vistió Rodríguez Ojeda, de ejército ocupante aunque en la Macarena parezcan una guardia pretoriana del Rey de Reyes. En cierta ocasión, Pepe el Pelao, capitán entonces de la centuria, soltó en público una carga de profundidad teológica: “Si llegamos a estar los armaos allí, no matan al Señor”. Pues eso.

Y va la alegría de un barrio entero, de media Sevilla, encima del paso. La alegría popular y la miseria humana del político cobarde, probablemente corrupto y brutal en su métodos. Puesto a elegir entre hacer justicia con el Inocente y su futuro político, elige este último, no vaya a ser que le vayan con el cuento a un superior de Roma y lo dejen en aquel agujero de Palestina donde se pudre ya va por siete años.

Pilato el pusilánime, al que le tuercen el pulso sus odiados judíos cuando le mienten descaradamente: “No tenemos más rey que el César”. Todas las fuerzas del mal se han confabulado para intentar ensombrecer la Verdad que brilla en Cristo: saduceos y fariseos han hecho las paces; Pilato y Herodes se conchaban para eliminarlo; judíos y romanos se convierten en aliados con tal de quitarse de encima al Nazareno.

La verdad. Pilato está delante de la Verdad y no la ve. Sus preguntas retóricas hablan de un corazón agitado, de alguien que intuye que la Verdad está en ese hombre maltrecho y no en el mundo, el imperio de los vencedores. Pero no se atreve a dar el siguiente paso. Por no complicarse la existencia, por no arruinar su porvenir, por garantizarse un ascenso, por no renunciar a la mentira y al disimulo, sentencia a muerte al que es Inocente.



Nuestro Padre Jesús de la Victoria

**Hermanidad de la Paz
Parroquia de San Sebastián**

Del barrio del Porvenir llega el paso de Nuestro Padre Jesús de la Victoria, de la Hermandad de la Paz. Esta corporación fue fundada en 1939 en la parroquia de San Sebastián. En su recorrido atraviesa bajo el sol de cada Domingo de Ramos el parque de María Luisa. La imagen del Señor es obra de Antonio Illanes en 1940, así como las demás figuras del misterio, que representa la entrega de la cruz al Redentor. El paso, de grandes proporciones, es de madera dorada, proyectado por Antonio Jiménez Isorna y tallado por José Martínez Villar. Lleva cartelas con escenas de la pasión de Antonio Gavira y cuatro ángeles en las esquinas de Francisco Buiza.



Del Evangelio según san Mateo

Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Mt 27, 31

"Lo llevaron a crucificar". Los evangelistas Mateo y Marcos son especialmente parcos en la descripción de cómo tomó la cruz Jesús. Es lo que refleja el paso de la Hermandad de la Paz. "Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar", dicen ambos Evangelios, casi calcados.

También unos espíritus embrutecidos como el de los soldados se cansan de las representaciones, de esa pantomima que han ejecutado con el reo de muerte. La burla acaba de golpe, de un momento para otro. Alguien cae en la cuenta de que se echa la hora encima o ya no divierte tanto como la primera vez lanzarle un escupitajo o golpearlo en la cabeza hasta hacerlo sangrar con las espinas. O el decurión los reconviene y todo el gran teatro del mundo que han estado poniendo en escena se viene abajo. Ya no va a haber más pantomima; en adelante va a haber muerte.

Le quitan el manto púrpura que ha servido para la diversión y lo visten con la túnica propia como quien es amortajado en vida. En la poca vida que le queda.

Jesús es lo que el sistema carcelario estadounidense define como "dead man walking": un moribundo que todavía se tiene en pie y anda. Alguien que sabe que ese trayecto va a ser el último de su vida. El nazareno tiene que cargar con el travesaño superior de la cruz, el llamado patíbulo, al que lo atan con sogas. Es un peso enorme para alguien que ha sufrido el tormento de la flagelación y al que el escarnio de la soldadesca no ha dejado ni respirar.

Sería una carga pesadísima para cualquiera porque el madero tenía un diámetro considerable. Apenas supone una ínfima parte del peso de los pecados de la humanidad con los que carga de modo espiritual en ese último trecho que le queda por recorrer. No sólo espiritual: mucha de la pesadumbre que le oprime viene de ese pesado fardo que ha tomado sobre sí.

Porque su acción es voluntaria. El paso de la Hermandad de la Paz lo recrea gráficamente en el que parece un abrazo con el que el Señor de la Victoria va a tomar la cruz. Se la entregan dos sayones malencarados con el gesto avinagrado que le suponemos a quienes tienen que desempeñar el oficio de verdugos. Estos no están para bromas ni para juegos de cañas

como la tropa ebria de poder y brutalidad. Aquí se acabaron las burlas porque nadie se pone a bromear antes de una ejecución de la pena de muerte. La sola presencia de la cruz impone respeto. El respeto que no tienen por la vida del Inocente que van a crucificar.

Los sayones de gesto hosco le entregan la cruz en presencia del sacerdote y el centurión, garantes de que se cumple la sentencia como representantes de la autoridad religiosa y política en la Judea de aquel tiempo. Lo prodigioso es que Jesús va a convertir ese cruel instrumento de tortura en instrumento de amor supremo.

Los sacerdotes, los consagrados, los misioneros o los catecúmenos que van a hacer la primera comunión reciben una cruz como expresión de su adhesión a Cristo y de su voluntad de seguirlo. Una cruz que para nosotros es manifestación de un amor mayúsculo, incondicionado e infinito y no símbolo de la barbarie. Gracias a que el Señor la transformó para siempre. Pero él tuvo que cargar con la primera cruz y andar camino del Calvario.



Nuestro Padre Jesús de la Pasión

**Hermanidad de Pasión
Iglesia Colegial del Divino Salvador**

La Hermandad de Pasión tiene sus orígenes a mediados del siglo XVI en el Convento Casa Grande de la Merced -actual Museo de Bellas Artes-. Desde 1868 reside en la iglesia colegial del Divino Salvador. Procesa en la noche del Jueves Santo cerrando las cofradías de esta jornada. La imagen del Señor de Pasión es una destacada obra de madera policromada, atribuida con fundamento al escultor Juan Martínez Montañés, realizada a principios del siglo XVII. Según un testimonio contemporáneo: «...es obra de aquel insigne maestro Juan Martínez Montañés, asombro de los siglos presentes y admiración de los por venir...». El paso procesional, realizado en plata de ley, madera dorada y piezas de marfil, es obra de Cayetano González. Se le considera una de las obras más emblemáticas de la orfebrería sevillana del siglo XX. En el canasto destacan cuatro capillas con pequeñas figuras que representan el Triunfo de la Eucaristía; la Virgen de la Merced; la Transfiguración de Cristo y la Exaltación de la Santa Cruz. Y en los laterales las escenas de la Flagelación, Calvario, Calle de la Amargura y Santo Entierro. En las esquinas aparecen los arcángeles y el ángel custodio en plata y marfil, y en los respiraderos figuran los doce apóstoles en madera policromada.



Del Evangelio según san Juan

Tomaron a Jesús y cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota).

Jn 19, 16-17

Jesús de la Pasión camina con paso decidido. Es admirable la talla de Martínez Montañés, la apolínea expresión de la belleza contenida en un nazareno al que sólo le falta hablar. Pero Jesús calla. Todo ese camino de Pasión lo hace en silencio, como cordero que va al matadero sin balar. Todo el peso del mundo, la redención de los pecados de cada hombre pasado, presente y futuro, basculan en ese pie nervudo en el que se apoya la imagen del Señor de Pasión.

¿A dónde va Jesús de la Pasión? Diríase más bien, a dónde lo llevan. Porque, en ese momento dramático que nuestra iconografía identifica con el nazareno, Jesús es conducido del mismo modo que el chivo expiatorio era cargado con los pecados del pueblo entero y llevado extramuros de la ciudad. Jesús es expulsado también de la urbe, de la Jerusalén terrena, que ha abominado de él en un proceso plagado de ardidés legales.

Sacan a Jesús y lo llevan fuera. No hay sitio en la ciudad santa de Israel para quien es el Santo entre los santos. Jesús es la piedra que desecharon los arquitectos porque no encajaba en sus muros y en sus lamentaciones. Pero pronto será la piedra angular, la clave de bóveda a partir de la cual se ensambla todo el edificio del Salvador.

Por decirlo con lenguaje actual del papa Francisco, Jesús es descartado, orillado, desplazado a la periferia de la ciudad aunque ahora el monte Calvario nos parezca en el centro de Jerusalén. Jesús es un extraditado, un apátrida al que los sacerdotes y los escribas han despojado de su nacionalidad: para eso camina, para salir de la ciudad y que puedan seguir con sus ritos sin que les fastidie la Pascua.

Apenas unos días antes lo habían aclamado cuando entró a lomos de la borriquita por esa misma puerta grandiosa. Lo vitoreaban como se vitorea a un rey. Y ahora es un rey destronado camino de un exilio implacable porque el pueblo y sus representantes han preferido abominar del Mesías para agradar los oídos del gobernador: “No tenemos más rey que el César”. Señor de la Pasión, hombre verdadero, pero rey repudiado.

En la Carta a los Hebreos se explica hacia dónde camina este Jesús de la Pasión: “Nosotros tenemos un altar del que no tienen derecho a comer los que dan culto en el tabernáculo; porque los cuerpos de los animales, cuya

sangre lleva el sumo sacerdote para el rito de la expiación, se queman fuera del campamento; y por eso Jesús para consagrar al pueblo con su propia sangre, murió fuera de la puerta”

“Salgamos pues hacia él, fuera del campamento, cargados con su oprobio; que aquí no tenemos ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura”.

Jesús va camino del Calvario con la cruz auestas, ahí está su reino, incrustado en ese leño que florecerá como rama de Jesé. Camino del Gólgota, sí, pero también camino de la resurrección en un trayecto en el que nos precede. Jesús de la Pasión, al que le falta hablar de tan virtuosa como es la escultura, no camina hacia la muerte, que va camino de la Vida.



María Santísima de la Amargura

Hermanidad de la Amargura
Iglesia de San Juan Bautista (vulgo de la Palma)

La Hermandad de la Amargura fue fundada hacia la segunda mitad del siglo XVII en la parroquia de San Julián. En 1725 se traslada a la iglesia de San Juan de la Palma. Desde este templo realiza su estación de penitencia en la tarde-noche del Domingo de Ramos. La imagen de María Santísima de la Amargura es obra anónima fechada a principios del siglo XVIII. En 1760 Benito de Hita y Castillo realiza la imagen de San Juan Evangelista para acompañarla, y le hace un cuerpo nuevo para adaptarle la posición dialogante con San Juan. El paso de palio es uno de los más destacados de la Semana Santa sevillana por sus proporciones y elegancia artística de todas sus piezas. Los bordados en oro sobre terciopelo rojo del palio, manto y faldones son obras de Juan Manuel Rodríguez Ojeda entre 1926 y 1927. La orfebrería toda en plata de ley es excelente: varales, respiraderos y jarras de Cayetano González; candelabros de cola de Francisco Bautista; ángeles arrodillados con faroles y la candelería de Seco Velasco. La Virgen luce preciosa corona de oro de la coronación canónica, obra de Cayetano González en 1954. Tras ella suena la marcha “Amargura”, de Font de Ante, considerado uno de los himnos de la Semana Santa sevillana.



Del Evangelio según san Juan

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre».

Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.

Jn 19, 25-27

Qué calle de la Amargura tan punzante para María. Qué vía dolorosa tan hiriente para quien le dio el ser en Belén. Y ahora contempla cómo recorre el camino que lleva al Calvario, al lugar de la Calavera donde lo van a ajusticiar. Qué amargas resultan las lágrimas que llora la Virgen de la Amargura.

“Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Mujer, como la llamó en las bodas de Caná, cuando María le pidió que adelantara su hora para socorrer a los novios azorados porque faltaba el vino. “Mujer, no ha llegado mi hora”. Y ahora, en la cruz, el reverso de aquel inicio de su vida pública, como un capítulo simétrico para cerrarla: mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre. Mujer, el mismo nombre que Adán le dio a Eva. Una mujer con la luna a sus pies que pisoteará la cabeza de la serpiente.

En el trance de la agonía, apenas un instante antes de que se le nublara la vista y se le encharcaran los pulmones, el hijo del carpintero cuida de su madre. La que lo acunó, la que lo arropó por las noches, la que le enseñó los salmos, la que cuidó de él cuando era pobre y desvalido como son los bebés. Ahora, el hijo cuida de la madre, viuda, que va a quedar en la más pura indigencia porque con el hijo que le matan en la cruz le matan la vida entera. Juan, el discípulo amado, se encargará de ella y la recibirá en casa como su propia madre.

Pero, a la vez, Jesús está poniendo a su propia madre al cuidado de la Iglesia. La Amargura se volverá dulzor. La pena se convertirá en gozo. El dolor trocará en deleite. El llanto mutará en risa. Pero ahora, María sufre con el corazón encogido, con los dolores que se le clavan en el alma por ver a su hijito escarnecido y humillado como si fuera un ladrón, un bandido, un terrorista.

Qué tristeza más insoportable, qué insufrible pena del color de la sangre como ese palio granate que te cobija. Qué amargura más grande, Madre mía.



Santísimo Cristo de las Tres Caídas

Hermanidad de la Esperanza de Triana
Capilla de los Marineros

El origen de la Hermandad de la Esperanza de Triana se remonta al siglo XV, relacionada con el gremio de los ceramistas y las gentes del mar. La Hermandad de las Tres Caídas se funda a principios del siglo XVII, fusionándose ambas en 1616. Reside en su capilla de los Marineros, en la calle Pureza. Realiza su estación de penitencia entre el fervor popular que rodea a sus titulares y aclama a la Virgen de la Esperanza en la madrugada del Viernes Santo. La imagen del Santísimo Cristo de las Tres Caídas es una talla de madera policromada, de autor anónimo, datada en torno a 1607. Las figuras del misterio, del que destaca la vistosidad del centurión romano a caballo, son obras de Castillo Lastrucci a mediados del siglo XX. El vistoso paso dorado con airoso candelabro, de estilo neobarroco, fue realizado por Manuel Guzmán Bejarano, con cartelas de plata de Villarreal y ángeles de Álvarez Duarte.



Del Evangelio según san Lucas

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús.

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “Caed sobre nosotros”, y a las colinas: “Cubrid-nos”; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?»

Lc 23, 26-31

La comitiva del reo que conducía al Gólgota la abría un sayón tocando la trompeta para despejar el camino y que el populacho dejara sitio para pasar. Seguía un heraldo que anunciaba el nombre del convicto que iba a morir o, en ocasiones, se escribía en un tablilla que se le colgaba del cuello como un apestado. Dos testigos del sanedrín formaban parte del cortejo y un centurión a caballo con un destacamento de soldados como nos da a entender la representación iconográfica del Señor de las Tres Caídas de Triana.

Aquí va el centurión marcando el camino a quien era, en realidad, él mismo el Camino, la Verdad y la Vida. Lo auxilia Simón de Cirene, puede que esclavo norteafricano, que se había acercado a curiosear el último trayecto de los condenados. La larga mano del poder imperial lo coloca para llevar el madero dado el agotamiento de Cristo. No lo hace por voluntad propia, sino que lo obligan a cargar con el peso físico del leño. Jesús sigue soportando el peso espiritual de los pecados del mundo.

Se cruza en el camino con unas mujeres de Jerusalén. Los hombres han gritado ‘crucifícalo’ en el patio del pretorio; varones eran los apóstoles que lo dejaron solo en el trance de Getsemaní; hombres desalmados los soldados que lo han escarnecido con voces destempladas. Cuando aparecen en escena las mujeres, simplemente lloran. No las escuchamos decir nada, sólo el discurso que Jesús les dirige. Hasta ahora, desde el diálogo con Pilato, el Señor ha enmudecido pese a los ultrajes, las vejaciones, los escarnios y las burlas. Todo lo ha soportado en silencio.

Ahora habla. Y reconviene a las mujeres porque están llorando por el nazareno al que van a crucificar. No quiere lágrimas porque la suya es una misión libremente asumida e interiorizada en la larga noche de la Oración en el Huerto. Les pide que no lloren por el verdadero hombre cuyo cuerpo quebrantado está a punto de quedar sin vida porque esas lágrimas les impiden ver al verdadero Dios que se entrega obediente hasta la muerte -y una muerte de cruz- para salvar al mundo.

Aun en ese momento de amargura y llanto, el Señor cita al profeta Oseas, que había predicho que las estériles serán bienaventuradas porque no tendrán que enterrar a ningún hijo. ¡Así de grande es la prueba por la

que va a pasar la Jerusalén terrenal! De Triana a Sevilla, el Señor de las Tres Caídas exhorta, con paso decidido, a llorar por los propios pecados de cada uno antes que por el justo al que van a dar muerte. “Llorad por vosotras y vuestros hijos”, resuena premonitorio del último día.



Santísimo Cristo de la Exaltación

**Hermandad de la Exaltación
Parroquia de Santa Catalina**

La Hermandad de la Exaltación fue instituida en la segunda mitad del siglo XVI en memoria “de la Exaltación de Nuestro Señor Jesucristo, pendiente del madero Santo de la Cruz, y de las Lágrimas que derramó su Santísima Madre al presenciar la dolorosa escena del Gólgota”. Desde principios del siglo XVII se estableció en la parroquia de Santa Catalina desde donde procesiona en la tarde de cada Jueves Santo. La talla del Santísimo Cristo de la Exaltación es una obra de la segunda mitad del siglo XVII, atribuida al círculo de Pedro Roldán. El misterio es una gran creación barroca en el que intervinieron Luis Antonio de los Arcos, Cristóbal de Guadix, Pedro y Luisa Roldán. El paso, muy reconocido por sus grandes dimensiones, fue estrenado en 1902 y realizado por José Gil. Los respiraderos son obra de José García Roldán. Destacan las ocho excelentes cartelas que representan escenas de la Pasión del Señor y los cuatro ángeles de las esquinas portando atributos pasionistas, exquisitas obras del siglo XVII atribuidas a Luisa Roldán, La Roldana. En la parte trasera llaman la atención los briosos caballos de los soldados romanos que cierran la escena y aportan el nombre popular a esta cofradía.



Del Evangelio según san Marcos

Era la hora tercia cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: «El rey de los judíos».

Mc 15, 25

Qué bien plasmada está la escena. Qué dinamismo de las figuras, esforzados los sayones en izar la cruz halando de las cuerdas con las que se elevaba el patíbulo y, con él, al condenado.

Qué prodigio de escenografía para que no sobre ninguna de las figuras secundarias: los dos sayones que hincan la cruz, los dos ladrones que esperan turno casi espalda con espalda, los dos équites romanos y los dos briosos corceles que le dan nombre vulgar al paso de misterio: los caballos.

Cristo exaltado está. Normalmente, se exalta a los reyes, que es tanto como decir que se les eleva a la máxima dignidad cuando públicamente se proclama su soberanía en una ceremonia de entronización. Y eso es lo que vemos en este paso de misterio: Jesucristo rey es exaltado. Su realeza queda proclamada. El trono es la cruz en la que va a entregar el último hálito al Padre; la púrpura real es su propia sangre que lo cubre como un manto de llagas y heridas por las que se desangra; el cetro son los clavos con los que han sujetado las manos y las espinas, su corona real. Es rey y señor.

Así lo proclama la inscripción en las tres lenguas francas del momento: hebreo, latín y griego, que es tanto como decir para que lo lea toda la humanidad. Los que lo habían acusado se escandalizan del Inri sobre la cruz y conminan a Pilato a cambiar lo escrito, pero el gobernador se mantiene, por una vez firme y proclama inflexible: “Lo escrito, escrito está”. Jesús, el nazareno, rey de los judíos. Cristo exaltado está.

El salmista lo había predicho setecientos años antes de que se produjera la escena: “Estoy como agua derramada, tengo los huesos descoyuntados; mi corazón como cera, se derrite en mis entrañas; mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar; me aprietas contra el polvo de la muerte”. Es el salmo 22, el mismo que gritará en la cruz llegado el momento de expirar: “Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme”.

Es fácil ver en la exaltación de la cruz a la serpiente de bronce elevada en el desierto que salvaba a los israelitas del Éxodo de la mordedura mortal de los ofidios. Sólo que aquí, en esta soberbia representación de la mejor imaginería sevillana del siglo de Oro, el Cristo de la Exaltación salva de la mordedura mortal del pecado. A eso vino al mundo: a salvarte del enemigo mortal de tu naturaleza humana.



Santísimo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón

Hermanidad de Montserrat
Capilla de Montserrat

El origen de esta hermandad está en la devoción y culto a la Santísima Virgen de Montserrat, traído por los catalanes instalados en Sevilla para el comercio con América. Sus primeros reglas fueron aprobadas en 1601. Fue reorganizada a mediados del siglo XIX, recibiendo el apoyo de los duques de Montpensier. Realiza su estación de penitencia en la tarde del Viernes Santo, en medio de un ambiente romántico que impregna toda la cofradía. El Santísimo Cristo de la Conversión del Buen Ladrón es una talla del escultor Juan de Mesa entre los años 1619 y 1620. De gran envergadura, representa a Cristo crucificado vivo, en actitud dialogante con el Buen Ladrón, que aparece a su derecha. Las imágenes de San Dimas –el buen ladrón– y de Gestas –el mal ladrón– son obras del escultor Pedro Nieto, del primer tercio del siglo XVII. Arrodillada a los pies de la cruz figura Santa María Magdalena, hermosa imagen barroca, atribuida a Pedro Roldán. Porta un cáliz con el que simula recoger la sangre del Redentor. El paso, de mediados del siglo XX, fue tallado por Antonio Girón, según diseño de Rafael Lafarque, quien talló asimismo los ángeles y los relieves que representan escenas de la Pasión del Señor.



Del Evangelio según san Lucas

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido».

Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo».

Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros».

Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo».

Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

Lc 23, 33-43

De Cristo crucificado se burlaban cuantos pasaban. Lo ridiculizaban resaltando la impotencia que veían en él, inmóvil en el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo. “Baja ahora”, le retaban sin percatarse de que en esa inmovilidad obediente se va a manifestar todo el dinamismo de la redención.

Se burlaban también los sanedritas, los sacerdotes que asumían -sin pretenderlo- su condición divina aunque fuera para echarle en cara que su Padre Dios no le ahorrara aquel sufrimiento bárbaro. Negando que era el Hijo de Dios, lo afirmaban.

Y se burlaron los que con él crucificaron aquella tanda. Dos malhechores, bandidos para los evangelistas, que era la palabra que los romanos usaban para referirse a los extremistas en contra de la ocupación partidarios de la violencia. Pero Jesús resplandece en el Calvario como el manso que ha renunciado a cualquier gesto violento. Ese esplendor del crucificado no pasa inadvertido para el que nosotros llamamos Buen Ladrón.

Y ese es el momento que recoge el paso de misterio del Cristo de la Conversión de Montserrat: Cristo se vuelve hacia su derecha y, con los ojos ya nublados, pronuncia la segunda de las palabras en la cruz: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. El buen ladrón ha intuido el fulgor de la mansedumbre de Cristo en mitad del más atroz castigo contra el que él y su compinche se habían rebelado con todas sus fuerzas.

Un apóstol resultó ladrón y un ladrón se convierte en apóstol. Al que el mismo Jesús le abre las puertas del cielo. Es uno de esos obreros de la viña de última hora que recibe el salario completo aunque haya trabajado menos que los que llevan vendimiando desde la amanecida. Puede que fuera la primera vez que mostraba arrepentimiento, la primera ocasión en que confesaba su culpa en el cruce de reproches que mantiene con el otro malhechor crucificado. Puede que fuera la primera vez que se había dirigido a Dios.

Y, sin embargo, la infinita misericordia del Padre lo mira enternecido a través de los ojos del Hijo que tan magistralmente supo captar Juan de Mesa. Cristo, este Cristo de la Conversión, deposita una mirada compasiva sobre los hombros de quien había hecho de la violencia su misión en la

vida. Todo le queda perdonado, en ese instante, sin más preámbulos ni más juicios: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.

María la de Magdala contempla la escena en mitad del paso con el cáliz en la mano para recoger la sangre de Cristo. La Magdalena, precisamente. La discípula convertida de primera hora contempla la escena del diálogo del Maestro con el discípulo converso de la ultimísima hora. De conversión a conversión, no importa en qué momento suceda, ni cuándo la tiene reservada Dios para el hijo pródigo que, hastiado del enemigo, decide un día volver a la casa del Padre. La predicación de la primera hora se cierra con su fruto preciado en esta última hora: “Conviértete y cree en el Evangelio”.



Santísimo Cristo de la Expiración

Hermanidad del Cachorro

Basílica del Stmo. Cristo de la Expiración

En el final de Triana, una ermita mariana, un hospital y una hermandad de gloria bajo la advocación del Patrocinio de Nuestra Señora están en los orígenes de esta hermandad a principios del siglo XVII. En 1680 se crea la Hermandad de la Expiración, quedando fusionada ambas en 1689, con el título de Hermandad del Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora del Patrocinio, corporación que procesiona cada año en la tarde del Viernes Santo. La imagen del Santísimo Cristo de la Expiración es obra del imaginero barroco Francisco Ruiz Gijón, realizada en 1682. Es considerada como el último de los grandes crucificados del barroco español, y representa el instante de la muerte de Jesús. Sufrió un incendio en 1973, hace ahora cincuenta años, siendo restaurada la imagen por los hermanos Cruz Solís. El paso es obra neobarroca de madera dorada realizado por Guzmán Bejarano, reformado en 2021, con piezas de plata de Juan Borrero. En las esquinas figuran los cuatro Padres de la Iglesia, obras de José María Leal. Luce faldones rojos bordados en oro por Francisco Carrera Iglesias.



Del Evangelio según san Lucas

Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio.

Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

Y, dicho esto, expiró.

Lc 23, 44-46

A la hora nona, en el momento en que se sacrificaba a los corderos para la cena pascual símbolo de la Antigua Alianza de Dios con su pueblo, Cristo -el cordero de Dios que quita el pecado del mundo- muere en la cruz. Él mismo entrega su vida para salvación de la humanidad.

Y lo hace rezando. Porque la oración misma forma parte del sacrificio redentor. Jesús reza el salmo 30: “A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás”. Ese salmo que se cierra con una recomendación que es casi un testamento espiritual: “Sed fuertes y valientes de corazón los que esperáis en el Señor”.

Si hay un Cristo de Sevilla que represente esa fortaleza y esa valentía de corazón en el momento supremo de entregar la vida, esa es la talle del Cachorro. El Cristo que ni muere en Triana ni muere en Sevilla porque le falta el aire. Está intentando llenarse por última vez los pulmones antes de exhalar el espíritu. Su espíritu vital y el espíritu santo que prometió a su Iglesia.

Francisco Ruiz Gijón, el artista que lo talló a mediados del siglo XVII, compuso una imagen que en su dramatismo ofrece una catequesis del sacrificio redentor de la cruz. Dicen los evangelistas que, dando un fuerte grito, el Nazareno, el Rey de los judíos, el Mesías de Israel, pronunció la séptima y última palabra de Cristo en la cruz: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”.

Y, en efecto, todo en la talla de casi cuatro siglos de antigüedad, los candelabros y el paso en sí parece elevarse hacia el cielo. Es un movimiento ascendente en el que se ve incorporado el espectador que contempla la talla con los ojos del estupor dibujados en el semblante. Contemplando al Cachorro se hace mucho más fácil creer en el acontecimiento cósmico y litúrgico que aconteció en el momento supremo de la expiración del Señor.

Los evangelistas lo describen sin pizca de catastrofismo: el sol se oscureció, la tierra tembló, se rasgó en dos el velo del templo de Jerusalén y muchas tumbas se abrieron para que resucitaran los muertos. Todo eso está a punto de ocurrir otra vez cuando dirigimos la mirada a este Cachorro, hombre y Dios a la vez. Todo está contenido en potencia en esa última bocanada que exhala el crucificado de la calle Castilla.

El Cachorro va recogiendo suspiros de quienes lo admiran con la respiración contenida para elevarlos al Padre. Va haciendo partícipe a la muchedumbre que lo sigue a pie de calle de la redención de su condena.

¿Cuál es esa condena? La que llevamos, como hombres, desde que nacemos: la de la muerte.



Santísimo Cristo del Calvario

Hermanidad del Calvario
Parroquia de Santa María Magdalena

La Hermanidad del Calvario procede de la antigua Hermanidad de los Mulatos, fundada en 1571. Esta decayó a mediados del siglo XVIII, siendo reorganizada en 1886. Desde final del siglo XIX procesiona en la madrugada del Viernes Santo en medio de un absoluto silencio. La imagen del Santísimo Cristo del Calvario es una obra documentada del imaginero Francisco de Ocampo entre 1611 y 1612. Procesiona en un paso de madera en su color estrenado a principios del siglo XX. Diseñado por Francisco Farfán Ramos, fue el primer paso realizado en madera de caoba sin dorar e iluminado por hachones en la Semana Santa sevillana. La talla se debe a Salvador Domínguez Gordillo. En las esquinas lucen las cuatro águilas bicéfalas con medallones que representan a los evangelistas, garras y coronas de plata, así como otras cartelas en los laterales, obras del orfebre Ángel Cabanes. La cruz del Cristo del Calvario aparece sobre un monte en forma de roca desnuda colocado sobre la canastilla. A ambos lados figuran dos jarras de plata con claveles rojos, labradas por Cayetano González. En la parihuela lucen ocho faroles de plata, labrados por Jorge Ferrer. Los faldones bordados en plata sobre damasco rojo, de taller de Caro, reproducen los originales diseñados por Farfán.



Del Evangelio según san Mateo

Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron y, saliendo de las tumbas después que él resucitó, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos.

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: «Verdaderamente este era Hijo de Dios».

Mt 27, 51-54

“Volverán sus ojos hacia mí, al que traspasaron”, había predicho Zacarías, cuya profecía se ve cumplida en este Cristo del Calvario al que le rezaban los mulatos, los apartados de aquella sociedad del siglo de Oro. Cristo de los descartados, diríamos hoy, apolíneo en su inmovilidad. Nada se mueve en su soberbio paso de caoba. Y, sin embargo, todo está en movimiento desde ese costado del que manan el agua y la sangre.

Del costado de Adán, Dios formó a Eva, su mujer. Y del costado de este nuevo Adán que es Cristo, Dios ha formado a la Iglesia, su esposa. De ese corazón traspasado por la lanzada está brotando la vida nueva: agua del bautismo con que se entra en la asamblea de los seguidores de Cristo y sangre ofrecida por el rescate de muchos, alimento espiritual de sus discípulos.

Esa herida del costado es el quicio de la salvación humana, el Verbo hecho carne, mas carne traspasada. Carne enamorada, que lleva las marcas de un amor inagotable como ese surtidor del que brota el agua que quita la sed para siempre porque es agua de vida eterna. No es una idea, un pensamiento bonito o una ensoñación colectiva como pretendieron los gnósticos: es un Dios hecho hombre muerto en su carne extenuada, magullada, alanceada. En su carne mortal, tan mortal como la de todos los que dirigen la mirada en este preciso instante hacia la serena actitud del Calvario.

Por eso es imposible dejar de volver los ojos al Cristo traspasado que se nos presenta para la contemplación. Resulta de todo punto inconcebible no reparar en esa efusión gratuita que nos habla del amor de Cristo por cada persona.

A Dios no lo hemos visto, pero hemos visto su amor, llevado hasta el extremo: hasta la muerte. El Cristo del Calvario ha derramado toda su sangre, ofrecida gratuitamente en expiación de los pecados. De los míos y de los tuyos. Tú sabes de qué pecado te ha redimido Cristo en la cruz, de qué ha tenido que pagar con su propia carne traspasada.

Hemos visto el amor de Cristo. Hemos contemplado su entrega más allá de todo límite, más allá de la razón humana, de la inteligencia, de la filosofía, de la prudencia, de la ciencia, del conocimiento, del arte que es representación de la vida como en este soberbio -en su humildad- Cristo

del Calvario. Sólo en el amor de Cristo podemos llegar a sentirnos seguros, agazapados dentro de su corazón inmenso, escondidos dentro de sus llagas para soportar toda la sinrazón, toda la violencia, la brutalidad, la mentira, la frivolidad, la desesperanza de este mundo. Sólo somos testigos del que nos amó primero, del que murió por ti y por mí antes de que viniéramos a esta vida, del que hizo brotar de su corazón herido el agua de la vida nueva y la sangre en la que blanquear el manto manchado por el pecado.

Sólo en el corazón de Cristo está el principio y el fin de todas las cosas. Un corazón traspasado de amor por ti.



Sagrado Descendimiento de Nuestro Señor Jesucristo

**Hermandad de la Quinta Angustia
Parroquia de Santa María Magdalena**

La Hermandad de Sagrado Descendimiento tiene sus primeras reglas aprobadas en 1541 y residió varios siglos en el monasterio Casa Grande del Carmen. En 1851 se fusiona con la Hermandad del Dulce Nombre de Jesús, fundada en el siglo XVI, que residía en la capilla actual, anexa a la parroquia de la Magdalena. Procesa en la tarde del Jueves Santo con un cortejo que desprende elegancia y piedad. El misterio del Sagrado Descendimiento es una de las grandes creaciones barrocas de la Semana Santa de Sevilla. Se trata de un conjunto atribuido a Pedro Rolán, realizado a mediados del siglo XVII, a excepción de la imagen de la Virgen de la Quinta Angustia, obra de Vicente Rodríguez-Caso en 1935. Esta imagen está considerada como una de las mejores Dolorosas del siglo XX. El paso, estrenado en 1904, fue ideado por Cayetano Sánchez Pineda y bocetado por Pedro Domínguez López, en estilo neorrenacentista. Consta de piezas de bronce, obras de Emilio Bartolomé fundidas en casa Masriera de Barcelona, sobre maderas nobles. En las esquinas figuran cuatro faroles grandes inspirados en un galeón del siglo XVI, complementados por otros ocho menores, así como destacan los cuatro evangelistas sedentes en las esquinas. Los excelentes bordados de los ropajes de las imágenes son obras del siglo XIX.



Del Evangelio según san Lucas

Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía.

Lc 23, 50-53

"Los crucificados ofendían la vista de los judíos". A los romanos les importaba poco lo que sucediera con los cuerpos de los ajusticiados en la cruz. Las más de las veces, los buitres acababan comiendo la carroña de su carne putrefacta. Pero los judíos, desde los tiempos de Tobías, sentían verdaderos desvelos por darle sepultura religiosa a los ajusticiados. Y más antes del sábado de la Pascua, la gran fiesta del calendario litúrgico.

Esta es la hora de la quinta angustia de la Virgen: el descendimiento del cuerpo inerte de su hijo. Antes de ese dolor, la crucifixión, la agonía en la cruz, la expiración y la lanzada. Después de esta quinta angustia, todavía faltarán por traspasarle el corazón como puñales dolorosos la piedad y la sepultura.

Es la hora de la atardecida, antes de que el sol se ponga y comience el gran descanso del sabbath. José de Arimatea y Nicodemo se mueven con rapidez, acostumbrado el sanedrita a la oscuridad de la noche cuando buscaba al Maestro para preguntarle cómo iba a ser posible nacer de nuevo, si había que volver a entrar en el seno materno ya de adulto. Como entran los neófitos en el claustro maternal de la Iglesia cuando van a bautizarse con agua y espíritu.

Pilato accede a que desciendan el cuerpo de la cruz. Liberado de la presión de la casta sacerdotal que había jugado sus cartas para que dictara la sentencia de muerte, se muestra condescendiente con ese resto de Israel que no se ha burlado del Nazareno ni le ha escupido ni ha gritado 'crucifícalo' sino que aguarda temblando el momento de mostrarle su personal veneración.

Todo es temblor en este momento. También en el paso impresionante de bronce y caoba. Tiemblan los astros en el firmamento como el cuerpo de Cristo tremola cual estandarte del amor mientras lo desclavan y luego lo descuelgan con lienzos del madero en el que ha entregado la vida. Tiembla María angustiada de recibir el cuerpo de su hijo, de amortajarlo y disponer su entierro con unas cien libras de áloe y mirra. Para un hombre, no es necesaria tanta cantidad de ungüentos, pero para un rey, todo es poco. Cristo descendido se revela rey de reyes, señor de señores, monarca entre los soberanos.

San Juan, las marías y la Magdalena tiemblan de tensión sujetando el lienzo mientras esperan que María Santísima de la Quinta Angustia reciba el cadáver de aquel que nació en Belén y se abajó tanto que lo acostaron donde comen las bestias. Ahora, en su muerte, se vuelve a abajar hasta el suelo que pisan los animales. Y todavía tendrá que descender más hasta quedar definitivamente bajo tierra. Descendido y sepultado.



Santísimo Cristo Yacente

**Hermandad del Santo Entierro
Iglesia de San Gregorio**

La Hermandad del Santo Entierro tiene un origen legendario que se remonta a la época de San Fernando. Está relacionada, a lo largo de los siglos, con el barrio de los Humeros, con la casa de Hernando Colón, hijo del descubridor Cristóbal Colón, y con el convento de san Laureano. Establecida desde el siglo XIX en la capilla de San Gregorio, realiza su estación de penitencia el Sábado Santo. Y en ocasiones extraordinarias como este año, por la conmemoración del 775 aniversario del restablecimiento del culto cristiano en Sevilla, invita a pasos de distintas cofradías de penitencia a acompañarla para representar de una forma más completa y visual la Pasión del Señor. La procesión culmina con el paso de la urna con el Señor Yacente y concluye con el de la Virgen de Villaviciosa recibiendo el duelo de sus familiares y amigos.

La imagen de Jesús Yacente está atribuida al imaginero Juan de Mesa, en torno al año 1619. Procesa en una urna de madera dorada de estilo neogótico, de 1880, diseñada por Antonio del Canto Torralbo. El paso, también neogótico, fue realizado a finales del siglo XX por los tallistas Antonio Ibáñez y Joaquín Pineda, con imágenes de Emilio López Olmedo.



Del evangelio según san Marcos

Al anochecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro noble del Sanedrín, que también aguardaba el reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

Pilato se extrañó de que hubiera muerto ya; y, llamando al centurión, le preguntó si hacía mucho tiempo que había muerto.

Informado por el centurión, concedió el cadáver a José. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro.

Mc 15, 42-46

“Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio porque el Rey duerme. «La tierra temió sobrecogida» porque Dios se durmió en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios en la carne ha muerto y el Abismo ha despertado”.

Sábado Santo, el día sin día que es solo una noche negra, impenetrable hasta que la aurora de la Resurrección despunte y brille. Cristo está muerto. No de una manera figurada. No como un símbolo, no como una apariencia. Jesús el Nazareno, el hijo de José y María, está muerto. Contemplad su cuerpo inerte, el color cianótico del cadáver, el rigor mortis que se aprecia en las articulaciones: está definitivamente muerto. Y ha descendido a los infiernos, al sheol donde residían las almas en pena de los israelitas. Va a abrir las compuertas del cielo. Alzad los portones porque va a entrar el Rey de la gloria.

El Rey está de cuerpo presente y su guardia lo custodia. Sus enemigos la han puesto para asegurarse de que está muerto y más que muerto. Han sellado la piedra de un sepulcro en el que nadie se había enterrado todavía, temerosos de que se cumpla el anuncio profético de que en tres días reconstruiría el templo de su cuerpo. Sus adversarios creen más en la palabra de Jesús que sus propios discípulos.

¿No era hombre mortal? ¿No nació, vivió, padeció, murió y lo han sepultado? Cristo está muerto. La Iglesia, su castísima esposa, aguarda que se cumpla la promesa de un Espíritu Santo que sostenga a sus discípulos, que se haga fuerte en su debilidad de hombres cobardicas, temerosos, huidizos.

Y, sin embargo... sin embargo, este grande y santo sábado de sagrarios vacíos, algo muy grande va a suceder como nos indica una antigua homilía de autor anónimo para este día de luto: “Dormí en la cruz y la lanza atravesó mi costado por ti, que en el paraíso dormiste y de tu costado diste origen a Eva. Mi costado ha curado el dolor del costado. Mi sueño te saca del sueño del Abismo. Mi lanza eliminó aquella espada que te amenazaba en el paraíso.

Levántate, salgamos de aquí. El enemigo te sacó del paraíso; yo te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celeste”.

Lo mismo que estuvo muerto, yacente en esta urna de cristal como un fanal que lo protege, va a resucitar. No en otro cuerpo, no convertido en otra persona, no como un fantasma divino, sino con su propio cuerpo del que las cinco llagas de los pies, de las manos y el costado son prueba testifical.

Cristo vive y ha resucitado. Pero ha llegado a la gloria por el sufrimiento. Porque el único camino de la vida eterna pasa por abrazar la cruz.

Guía sonora 'Pasión y Muerte de Jesús, según Sevilla'

Dirección y locutor de reseñas histórico-artísticas de las hermandades participantes:

Joaquín López-Sáez

Coordinación General, diseño de montaje, música y ambientación:

Alberto Ceballos

Narrador de los pasajes evangélicos:

Carlos Herrera

Voz de Jesús en los pasajes bíblicos:

Adrián Ríos

Voces de distintos personajes de los pasajes evangélicos:

Mariani Molina, Irene Ramos, Dani Trigo, Gonzalo Grajera, Juan Diego Periañez, Ricard Martí y Miguel Ángel Moreno

Voces en las reflexiones:

Ignacio Jiménez Sánchez-Dalp, Charo Padilla, Rosa García Perea, Inmaculada Jiménez, Enrique Casellas, Fran López de Paz, Moisés Ruz, Víctor Castaño y Mario Daza





UN PODCAST ORIGINAL DE

